

La Campana Gorda

Periódico original,—escrito en un santiamén,— que à muchos va á sonar mal,—pero que repica bien.

PRECIOS			
TOLEDO.....	Un mes....	1'00	PROVINCIAS..
	Trimestre..	2'50	
	Número...	0'10	
		25 ejemplares, 1'75 pesetas.	
	Un mes....	1'25	
	Trimestre..	3'00	
	Un año ..	10'00	

Sonará los martes, jueves y sábados.

ANUNCIOS: PRECIOS CONVENCIONALES.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
GAITANAS, NÚM. 1.—TELÉFONO 287

UNA LÁGRIMA

I

¡Seremos oficiales!—me dijo el desdichado Pepe la última vez que hablé con él,—y, dándome un amigable apretón de manos, se separaba de mí para formar y entrar en segundas clases.

Serían las once y media cuando Perico, el corneta, tocaba entrada en clases, viniendo à interrumpir nuestra alegre charla. Hablábamos de la cuestión palpitante entre nosotros: de los exámenes. Cada uno manifestaba las esperanzas más ó menos fundadas que abrigaba de salir bien y ascender, en los entonces próximos exámenes, à oficial. Por eso me despidió tan brevemente, diciendo:

—¡Adiós! Seremos oficiales. A lo que yo le contesté alegremente:

—¡Lo seremos! Adiós.....

Y tirando yo también el cigarrillo que tenía encendido para entrar en filas, me dirigí a mi sección.

II

Pasaron algunos días sin que yo notase la falta de mi amigo à clases.

Nadie que esté un poco enterado de la vida que hacemos en la Academia y de lo fácil que es el pasarle inadvertida la presencia de uno donde hay muy cerca de mil, de seguro que no le extrañará el que, donde hay tantos compañeros y amigos, se deje de advertir la falta de alguno, aunque sea amigo muy íntimo.

Al fin, viendo pasar bastantes días sin verle, le pregunté à uno de su clase, muy amigo de él y mío:

—¿Y Pepe?

—Está de baja—me respondió.—Ayer fui à la enfermería y encontré al pobre bastante mal.... Tenía más de 40° de calentura.....

—¿Qué me dices?—le interrumpí.—¿Tan malo está?

—Lo que oyes—continuó.—Creo que lo que tiene es una pulmonía doble. El médico y todos los que le vieron ayer, están de acuerdo en que su gravedad es inminente.

No dejé continuar refiriéndome el mal estado de aquel desgraciado, y aquella misma tarde, al toque de marcha, me encaminé a la enfermería.

Llegué. Al subir los primeros escalones, oigo unos gritos y voces entrecortadas que causaban espanto. Era Pepe, que deliraba: ya no conocía à nadie. La muerte le ahogaba. ¡Pobre amigo del alma!

Lo que pasó por mí, no lo sé; mis pies se aferraron fuertemente al suelo; faltóme el aliento; me abundaron las lágrimas; quedé sin habla y sentí un frío de muerte por todo mi cuerpo.

Volvíme maquinalmente, y sin darme cuenta, me alejé de aquel lugar, considerándome incapaz de contemplar aquel espectáculo.

III

A las pocas horas concluyó de sufrir, entregando à Dios su alma.

Tendido en lujoso sarcófago, con una cruz à la cabecera, está su cadáver, alumbrado por cuatro amarillentos cirios, esperando la hora de echarle un puñado de tierra encima, como único tributo, y que alguna mano cariñosa siembre en su tumba una siempreviva para poderla regar con lágrimas de su madre y amigos, arrancadas de lo más hondo del alma.

¡Pobre Pepe!

Bien lejos estaba de esperar la desgracia irreparable de su muerte cuando nos despedimos por última vez, diciendo: ¡Seremos oficiales! Pero ¡ah!.... no contamos con Dios, y Él no lo quiso.

¡Descansa, amigol: recibe mi última lágrima de amargura, derramada sobre estas cuartillas que dedico à tu recuerdo.

FRAY DE BENTRACES.

Toledo, 15 de Diciembre de 1897.



CAMPAÑILLA TEATRAL

Otro estreno tuvo lugar el miércoles. Fué éste *Los rancheros*, de Paso y Alvarez, con música de Rubio y Estellés. El libro de la obra es de los llamados de brocha gorda, con chistes rebuscados y mucho retruécano. Hace reir y entretiene. La música no tiene nada de particular. Lo más saliente de ella es el preludio y el aria de tiple, en la cual nada hizo la señori-

no te tolero *indirectas* que vengan à hacerme daño. Yo sé de verdaz que tú la has *dao dos* ó tres abrazos con *fusión* y con *repites*. —Pus estás en un engaño, si vas ya por lo de ayer. —Habla entonces, que yo callo. —Estábamos de reyerta y no la estaba abrazando. —¿Y qué pasó?

—Casi nada.

Que la sacudí un porrazo porque me dijo *indirectas*, *mu directas* para el caso. —¿Y tú la pegastes?

—Sí.

No tengo *pa* qué negarlo. —Pus ahí ves cómo es verdaz que me la estabas pegando.

E. GRANULLAQUE.

NUESTROS ESCRITORES



CONSTANTINO GIL

ta Coral Díaz: yo soy así de franco. Valentín, en el papel de Pons, à gran altura; pero en esta obra, como director, à muy poca: descuidó detalles, hubo mucho *sans-façon* en todo. Los voluntarios muy mal vestidos, y hasta se llevan los rancheros la lumbré del escenario en la mano. Salvador bien, así como la Sra. Sanz y Sr. Sanchis. Los demás sin saberse una palabra del papel: tal vez por esto la obra no ha gustado lo que debía.

En el último cuadro de *El ángel caído*, observamos una novedad, y fué ésta la de ver caer un guardia, saludarse y tirar à las tiple con arreglo à escuela, y esto à las veinticuatro horas de haberlo visto sin reglas. Averiguada la razón de aquello, supimos que había andado de por medio la mano del maestro Dueñas. Solo él, con su método especial, su fe en la enseñanza y su constancia, hace esos prodigios con las discípulas.

BAMBALINA.

BORRASCA

Oye, escuchame *Celipe*: me estás la sangre quemando y me estás dando *dentera* por hablar con la Milagros,

Us venís à mis *ocicos* hacer cosas y hacer aztos que me *regüelven* la *bilis* en la boca del estómago. Yo tengo mucha *pupila*, y en *tocante* à tí, me escamo de que tú quieres *pegármela* hablando con la Milagros. Por supuesto, que una noche la voy à *ondiná* un *jetazo* con mucha *similitud*, que va hablar entonces claro. Esto te lo digo à tí *pa* que evites, por si acaso, una *patá* en las espaldas y otra en el *ardomen* bajo. —Se agradece.

—Ya lo sé.

Yo peco por ser *mu* claro; pero yo *similitudes* de pundonor, no te aguanto. Con que cuidate, *Celipe*, de hablar más con la Milagros. —Es que te *acharas* *mu* pronto por cosas *nimias* y aztos que no se deben tomar por un camino tan malo como tú lo tomas.

—¡Oye!

que si mi coraje arranco,

REPIQUES

La Junta municipal de asociados se reunió el lunes para ver de aprobar el expediente de transferencias de crédito en los capítulos del presupuesto del Ayuntamiento, correspondiente al ejercicio corriente. Asistieron todos los asociados, y el expediente se aprobó por unanimidad.

**

Las confiterías de los Sres. Infantes y Telesforo de la Fuente, han hecho à sus parroquianos preciosos regalos con motivo de las Pascuas. Consisten los del primero en preciosos almanaques americanos, editados con gran lujo; y los del segundo, en unos planos de nuestra capital, perfectamente litografiados y de gran utilidad en las casas.

**

A las nueve y media de la noche del 4, y cuando salía de la Central de Correos el ambulante de Madrid à Toledo, Sr. Moreno, y casi en la misma puerta del edificio, fué mordido en una mano por un perro blanco y negro, suponiéndose que el animal estuviese rabioso por lo intempestivo de la acometida, sin que precedieran ladridos del perro ni haberle causado daño alguno. Dióse parte à los guardias del Orden público y serenos, sin que, à pesar de sus gestiones, se haya encontrado el can.

El Sr. Moreno salió en la mañana del 5 con dirección à Barcelona, para someterse al tratamiento del Dr. Ferrán.

**

El viernes subió al cielo una niña del mozo de billares del Centro de Artistas, D. Camilo Puchol, à quien deseamos resignación cristiana.

**

También ha fallecido el mismo día, y se le dará hoy sepultura al cadáver de D. Pedro Román y González. Acompañamos en su justo dolor à la viuda, hijos y demás familia.

EL CAMPANERO.

VOLTIOS

Una horrorosa catástrofe en el Canadá ha ocurrido, según leo en un periódico. Estando en el Municipio de una ciudad importante los ediles reunidos, se ha hundido todo el salón, y ha habido muertos y heridos. ¡Consejales toledanos, si las barbas del vecino véis pelar.... andad con ojo y tened en cuenta, amigos, que si este salón se hundiera, al infierno derechos iríais, porque presumo sois parte del diablo mismo.

×

¿Qué habrán dejado los Reyes à su paso por Toledo? ¿Habrán limpiado las calles? ¿Habrán traído dinero para que se alivie un tanto nuestro triste Ayuntamiento? ¿Habrán traído urinarios algo mejores que éstos? ¿Habrán traído en cartera el tan esperado arreglo de los hombres liberales? Muy pronto vamos à verlo.

EL MONAGO DE RESERVA.



Los que creían encontrar materia penable en el manifiesto del general Weyler, se han equivocado, según resulta del informe del Consejo Supremo de Guerra y Marina. Este acaba de fallar que no encuentra en dicho documento nada contrario á la justicia y ordenanzas militares, si no es verdad el último rumor que circula, diciendo que no es ese el fallo, sino que el Consejo se limita á contestar que no es competente para entender en la causa. Este rumor debe de carecer de base, pues es de suponer que el más alto tribunal militar tenga criterio y atribuciones para entender en cualquier causa que á él se someta.

Con motivo de la solución del Consejo, se dice que el ministro de la Guerra se halla disgustado y hasta dispuesto á dimitir. Si para nada ha intervenido el general Correa en este asunto, su decisión no parece necesaria.

La leyenda de los Reyes Magos que pasean las calles de las poblaciones averiguando donde viven niños para obsequiarlos con juguetes, ha sido este año una realidad en Madrid. No montaban los Reyes el brioso caballo árabe ni el frugal dromedario; en vehículo para reparar juguetes en las casas pobres, en el Hospicio y los asilos benéficos era el coche de *El Liberal*, á cuya iniciativa se debe que los niños desheredados hayan tenido este año un día feliz.

La indisposición de la reina fué causa de que se suspendiera la acostumbrada recepción militar en palacio; en cambio, la tuvieron los carlistas en casa del marqués de Cerralbo, como representante de D. Carlos en Madrid. Se hicieron votos por la próxima vuelta del Señor, y terminó la fiesta con una velada en el círculo del partido.

Gran triunfo obtuvo el Sr. Silvela en su discurso en la inauguración del círculo silvelista de Badajoz, al juzgar por los telegramas dando cuenta del acto. Más de 60 comités provinciales se han adherido á su política.

El Sr. Silvela propuso que se borrara el nombre de Círculo Silvelista, por ser enemigo de las personalidades, y que en su lugar se pusiera Círculo Conservador.

Se espera con gran ansiedad su segundo discurso, al que se le da verdadera importancia, porque en él tratará cuestiones de interés para Extremadura.

EL TEATRO POR DENTRO

LOS PRINCIPIANTES

Me refiero á los autores, no á los jóvenes que se dedican á ser actores como pudieran dedicarse á otra cosa cualquiera.

Los autores principiantes merecen un estudio muy detenido.

En la imposibilidad de hacerlo yo, que no tengo nada de filósofo ni de profundo observador, ahí van unas cuantas notas sueltas, que no tendrán otro valor que la sinceridad con que irán explicadas, aparte rodeos y fantasías, que se emplean siempre como adornos de la forma.

Hace un año, poco más ó menos, que dos críticos tan sabios como Clarín y Valera, discutieron mucho y bien, como es natural, acerca de la creación en España, en Madrid, mejor dicho, del teatro libre.

Observaciones acertadas, consejos dignos de tener en cuenta, hasta las bases que podrían servir para el establecimiento del ansiado teatro libre; de todo hablaron con la profundidad de conocimientos de los dos eminentes críticos, y triste condición la de este pueblo donde lo grande, lo verdaderamente digno de atención jamás progresa! Los escritos de Valera y de Clarín no tuvieron eco, y nadie habló, y se olvidó todo y pasó la idea...

Los que la acogieron con mayor entusiasmo fueron, naturalmente, los jóvenes, los que empiezan y necesitan la ayuda de los otros, de los que llegaron sufriendo también penalidades, los cuales, quizás por esto, se revisten del furor egoísta de los viejos y se amparan en él como en inexpugnable baluarte.

Aquí no se protege á la que el mismo Clarín llama con sorna gente nueva, se la deja luchar sin darle facilidades para la victoria, por eso es ésta tan difícil de alcanzar, y luego se achaca la derrota á la falta de méritos.

¿Sirven todos?

Claro que no. Ciertamente muchos jóvenes, en el fondo de sus aspiraciones y envanecimiento, se creen capaces de eclipsar hasta á Lope y á Calderón; pero éstos son precisamente los inútiles, los que llevan en el cerebro unas cuantas lecturas de ideas no comprendidas; pero los



Cuadro de Ch. Duchene.

otros, los modestos, los que en realidad valen, merecen más atención y alguna ayuda que, por lo general, se les niega.

¿Qué teatro hay aquí que tenga franca la entrada para los que empiezan, para los que aún no tienen nombre?

Ninguno. El principiante sufre un calvario penosísimo hasta conseguir, no que su obra se represente, que sea leída, tan solo, por el que en el teatro tiene cargo tan difícil. La obra se arrinconaba, se posterga, y después de *torearle*, como vulgarmente se dice, se le devuelve el libro, que no ha sido leído, y se le dice que haga otra obra, que tiene condiciones de autor; en una palabra, se le *echa*, pero halagándole, con mucha cortesía, como corresponde á personas bien nacidas y de perfecta educación.

Y ocurre cuando se estrena la obra del pobre que empieza, que hasta el público le juzga con mayor dureza que á los ya conocidísimos, á los *maestros*.

De las obras de éstos se ocupa la prensa dos meses antes de su estreno; se les hace *atmósfera* con sueltos de contaduría y con los que, obligados por la amistad, hacen los redactores de los periódicos; y llega el estreno, y el público, hasta se cree en el deber de elogiar cuanto oye, porque siendo de un maestro *necesariamente* ha de ser bueno.

En cambio, hasta la noche en que se estrena nadie ha oído el título de la obra del principiante; sus méritos se rebajan; los actores la interpretan sin cuidado; para ellos es una *juerga el pateo*; se pasan al enemigo en la primera ocasión; nada les obliga para con el autor; la empresa, que no ha hecho ningún gasto, tiene con el estreno una buena entrada; no arriesga nada; por lo tanto el asalariado artista no tiene que defenderla, y el público encuentra todo malo, y de telón adentro nadie defiende á la pobre *victima*, que asiste á su derrota desde un bastidor, siendo el blanco de todas las miradas, de las risas de todos, de aquellos sobre los cuales está él en corazón y entendimiento á muchos metros de altura.

El teatro libre hubiese remediado muchos de estos males; pero ya que su creación es imposible por infinitas causas, vosotros los que podéis, los que tenéis facilidades para ello, prestad alguna ayuda á la gente joven, digna de ocupar entre vosotros el puesto á que tiene derecho por sus aficiones, por su entusiasmo noble y por su inteligencia.

M. Espada.



FÁBULA

INSUFICIENCIA DE LAS LEYES

EL REINO DE LOS BEODOS

Tuvo un reino una vez tantos beodos, que se puede decir que lo eran todos, en el cual por ley justa se previno:

—Ninguno cate el vino.

Con júbilo el más loco aplaudióse la ley, por costar poco; acatarla después, ya es otro paso; pero, en fin, es el caso que la dieron un sesgo muy distinto, creyendo que vedaba sólo el tinto, y del modo más franco

se achisparon después con vino blanco. Extrañando que el pueblo no la entienda, el Senado á la ley pone una enmienda, y á aquello de *Ninguno cate el vino*, añadió *blanco*, al parecer con tino. Respetando la enmienda el populacho, volvió con vino tinto á estar borracho, creyendo por instinto, ¡más que instinto! que el privado en tal caso no era tinto.

Corrido ya el Senado, en la segunda enmienda, de contado.

—Ninguno cate el vino, sea blanco, sea tinto,—les previno; y el pueblo, por salir del nuevo atranco, con vino tinto entonces mezcló el blanco; hablando otra evasión de esta manera pues ni blanco ni tinto entonces era.

Tercera vez burlado. —No es eso, no señor—dijo el Senado; ó el pueblo es muy zoquete, ó muy lázimo: se prohíbe mezclar vino con vino.

Mas, ¿cuánto un pueblo rebelado fragua? ¿Creeréis que luego lo mezcló con agua? Dejando entonces el Senado el puesto, de este modo al cesar dió un manifiesto:

La ley es red en la que siempre se halla descompuesta una malla, por donde el ruín, que en su razón no fia, se evade suspicaz... ¡Qué bien decial!

Y en lo demás colijo que debiera decir, si no lo dijo:

Jamás la ley enfrena al que á su infamia su malicia iguala: si se ha de obedecer, la mala es buena; mas si se ha de eludir, la buena es mala.

R. de Campoamor.

Pensamientos y sentimientos.

Corre de boca en boca la noticia de un crimen sangriento, y el pueblo acude presuroso á impulsos de la piedad; horrorizado mira el cadáver de un inocente y tiembla y gime dolorido, ruge y maldice, se apasiona y reclama de la justicia la muerte del asesino. ¡Ah! Si éste anda cerca, guárdese bien ó escóndase donde nadie le descubra; el pueblo juzga y castiga en un minuto, haciendo innecesario todo proceso; la sangre de la víctima le fascina; ve amenazados y comprometidos derechos y libertades que la sociedad le concede, y piensa que la osadía merece un suplicio y que la desventura reclama venganza.

Otro día, el pueblo se amontona, estrujándose alrededor del patíbulo. El fúnebre aparato, dispuesto para exterminar una vida, impregna el aire y la luz con su melancólica tristeza... No es el tronco viejo que se desploma, es el árbol florido que se destruye; no parece ya un malvado quien sube las gradas aterradoras, sino un hombre que, al fin de su breve ascensión, perderá la vida.

Los humanos instintos arraiganse con más fuerza en el corazón que las sociales convicciones. El pueblo gime y se muestra piadoso con el reo. Ante la víctima sacrificada exclamaba: «¡Matadle, sí! ¡Es nuestro enemigo!» En el cadalso grita: «¡Perdón para él! ¡Es nuestro hermano!»

Pueblo generoso que ayer proclamabas la razón de tu familia y hoy la pospones á la razón de la humanidad, esa inmensa familia cuyo cariño recuerdas. Tú dices á cada hora lo que debes decir, porque dices lo que sientes, y sientes de un modo que te honra y enaltece; pero ¡cuán malamente caminan los que procuran fijar tus improvisados juicios!

El novelista puede reproducir esos movimientos arrebatados y esas exaltaciones terribles que hacen al pueblo verdugo alguna vez y muchas le obligan á renegar de la justicia que le defiende y ampara; no así el filósofo, que no haciendo servir de seguro apoyo ninguna de tales opiniones, con frecuencia contradictorias, estudia solamente las causas que las producen y los resultados á que arrastran, haciendo deducciones equilibradas con sus invariables principios. Los que para el novelista son grandiosos cuadros, para el filósofo no pasan de ligeras notas, colores dispersos que, al fundirse más tarde á través de un prisma, pueden ofrecerse como luz purísima y deslumbradora.

«No confundáis el odio con la venganza—dice un personaje de Balzac,—porque son dos sentimientos muy diferentes. El uno es propio de almas pequeñas y bastardas; el otro es consecuencia de una ley á que obedecen los espíritus más elevados. Dios también se venga, y sin embargo, nunca odia.

No es el cumplimiento de la justicia, sino el horrible y pavoroso espectáculo que se le ofrece, lo que al pueblo desagrade. Vedlo: no maldice al magistrado que condena, sino al verdugo que ejecuta. No reniega de la dura ley social que protege la honra y el decoro de todos, amputando el miembro corrompido, sino del hombre cruel que, á sangre fría, hiere al hombre indefenso.

Ayer, cuando el criminal se hizo acusador, todos compadecían al acusado. Aquél reía sin piedad, y éste lloraba con amargura.

Hoy, ¡cuán distinta es la suerte! Aquél sube las gradas del cadalso, y el pueblo maldice al supuesto cómplice porque ríe y canta.

Y todos muestran así la naturaleza de sus instintos. Los criminales odiando sin olvidar nunca sus traiciones; el pueblo compadeciendo siempre al más miserable.

El código tiene por objeto defender el bienestar del mayor número de individuos. La moral determina la comprensión del mayor número de conciencias.

Dichoso el pueblo que se viera obligado á suprimir la pena de muerte porque no hallara entre sus habitantes uno solo que aceptase la plaza de verdugo.

Una eternidad horrible de insoportables angustias, en un día, muy largo para el sufrimiento, muy corto para la esperanza. Y amanece al fin, ¡qué temprano amanece! Ya es la hora; ya el público se apiña; ya llega el cortejo... Claridad inaudita deslumbró los ojos irritados por el llanto, la incertidumbre y la impaciencia... Y el juez se apiada, pero no perdona.

¡Dios mío, Dios mío! Tú le salvarás. Tú sólo sabes por qué siembras junto á las rosas las ortigas; tú sólo sabes por qué la oruga roe la hoja fresca, y la dejas vivir, y callas.

Diderot escribe: «Al ver morir á un amigo querido, á una mujer idolatrada, ¿sabrías trazar el poema de su muerte? No. ¡Desgraciado quien pueda en tales horas disponer de su imaginación!»

Cuando el tiempo dulcifica los dolores y restaña las heridas adormeciendo la exaltada sensibilidad, sólo entonces pueden referirse la desgracia y las emociones violentas; sólo entonces aparecerán inspirados el cariño y la ternura, y la razón dará energía y luz al sentimiento.

Mientras abundantes lágrimas inundan los

ojos, y el pecho palpita oprimido por el espanto, ¿no es más oportuno rezar ante Dios que dedicarse á escribir para los hombres?

El alma del que muere, abandonando con tristeza el mundo, sin duda se reanima cuando en su camino encuentra el eco de una oración.

Dejad palabras inconvenientes que vuestro cerebro absorto con trabajo combina; dejad para más tarde los denuestos que lanzaréis á la tierra, y levantad vuestro espíritu hasta el cielo.

Palmerín de Oliva.

Un martes fué...

Cuando aquel pedazo de mi alma, que era toda mi vida, con quien había compartido alegrías y tristezas, espiraba en mis brazos sin más cuidados, sin más cariño que los que yo me esforzaba en prodigarle.

A ruego suyo pasé á suplicar á los alegres vecinos que vivían pared por medio, que moderaran sus voces y carcajadas, que bailarían con menos ruido, que cantaran sin gritar.

Al volver al lado de mi adorada enfermita, recogí, sólo en la estancia, su último suspiro, y recé llorando, al pie de su cama.

Un martes terrible, de odioso é imborrable recuerdo, cuando al revolver papeles, cartas y retratos de mi querida muerta, encontré las pruebas evidentes de su traición.

Me había burlado, me había escarnecido, aquella mujer á quien yo seguía amando ciegamente después de muerta y á cuyo recuerdo guardaba inquebrantable fidelidad.

Martes fué el día en que me alejé de mi madre y de mi patria, viéndome pocas horas después envuelto entre las olas esperando el fin de mi existencia.

La muerte de mi último amor, de mis posturas ilusiones fué un martes aciago en que la mujer que yo anhelaba para compañera de mi vida se unía con un hombre afortunado que logró arrebatármela con su dinero.

Me obligaron á brindar en el banquete de boda, y brindé. Brindé por la felicidad de aquel hombre que poco después desaparecía llevándose consigo para siempre, á aquella mujer con quien yo había soñado.

Un martes fué cuando abrí aquella carta que leí con espanto, y no acertaba á comprender escrita por un infortunado amigo demasiado débil para afrontar los sinsabores de la vida, ó demasiado valiente para cortarlos con la bala de un revólver.

Martes era la noche en que, delirante por la fiebre, creía ver cruzar por mi habitación á todos aquellos amigos que yo había visitado con solicitud en sus enfermedades, ilusión que disipó la primera luz de la mañana.

Y un martes, un martes de mal agüero como todos los martes, fué el día en que escribí este artículo que ustedes leerán, si lo leen, en día aciago; sea el día que quiera cuando lo lean.

Luis González Cando.

¡QUÉ TIEMPOS AQUELLOS!

—Hola, Andrés.

—Hola, Gaspar.

—¿Tú en el pueblo? Te creía...

—¿En dónde?

—En la romería del Cristo del Castañar.

—¿A mi edad!

—Quita, ¡por Dios!

—¿A tu edad! Según mi cuenta, tú tendrás unos sesenta...

—Tengo ya sesenta y dos.

—No es nada.

—¿Qué atrocidad!

—Eres casi un mozalbete.

Tengo yo setenta y siete y no me asusta la edad.

Y si á la fiesta no voy, no es por falta de deseo.

—¿Si no valen el paseo estas fiestas que hacen hoy!

—Cuando me acuerdo, Gaspar, de aquellas fiestas que había antaño, en el santo día del Cristo del Castañar!

—¿Aquello sí que era hermoso!

Pero hoy... ¡si todo ha cambiado!

Un pueblo tan animado se ha vuelto de lo más soso...

—¿Te acuerdas de aquellos días cuando éramos chicos? DÍ.

—¿Aquellas, aquellas sí que eran buenas romerías!

—¿Si aún parece que las veo con los ojos de la cara!

—¿Qué alegría! ¡Qué algazara!

—¿Qué incesante bailoteo!

—¿Qué cantar y qué correr!

—¿Y qué meriendas aquellas!

—¿Y qué descorchar botellas!

—¿Y qué modo de beber!

Recuerdo una romería en que bailé tantos ratos, que hice cisco unos zapatos que estrené aquel mismo día.

—¿Y qué chicas! ¡De primera!

—¿Todas á cuál más hermosas!

Las de hoy son cualquier cosa.

No hay una guapa siquiera.

—¿Qué romerías! ¡Bobada!

—¿Aquello era animación!

Estas de ahora no son romerías, ni son nada.

El año pasado fui porque se empeñó Matea, y tú no tienes idea de lo que yo me aburrí.

No son los nuestros. ¡Tontuna!

Esta gente es diferente.

Mucho ruido y mucha gente, ¿pero animación? ¡Ninguna!

—Aguarda. ¿Quién es aquél que viene hacia acá corriendo?

—¿Cuál? ¿Aquél? ¿No lo estás viendo?

Pues si es mi nieto. Es Manuel.

Estaba en la romería, pero ¡es claro! se ha cansado, y vuelve el pobre á mi lado para hacerme compañía.

—¿Abuelo! ¡Señor Gaspar!

—Chiquillo, ¿cómo tan pronto?

—Pues porque el chico no es tonto.

—¿Se aburrí en el Castañar!

—¿Quién! ¡No es eso! ¿Qué ha de ser?

—¿Yo aburrirme? ¡Bueno fuera!

He venido á la carrera porque tengo que volver.

—¿Volver dices?

—Sí, señor.

—¿Pues si hay allí una alegría!

—¿Abuelo, qué romería!

—¿Nunca la ha habido mejor!

Hay allí cada mujer que parte los corazones.

—¿Qué bailes y qué canciones!

—¿Y qué modo de comer!

—¿Pues digo, y lo que he bebido!

—¿Si creo que estoy borracho!...

—Pero entonces, di, muchacho, ¿qué diablos has venido?

—Me va usted á regañar.

Vengo á cambiarme las botas.

—¿Pues qué tienen?

—¿Que están rotas.

—¿De qué?

—De tanto bailar.

Conque abur. Hasta más tarde.

Adiós, abuelo... ¡Qué risa!...

Voy á casa... Tengo prisa...

Si es que tardo, no me aguarde...

.....

—¿Háse visto el monigote!

—El chasco ha sido completo.

—Eso prueba que mi nieto es tonto de capirote.

—¿Decir que esa romería!...

—Ese chico es inocente!

—Ha dicho perfectamente.

—¿Pues es una tontería!

—Podrá ser un desengaño, pero ¡ay, Andrés! viendo estoy que son estas fiestas de hoy lo mismo que las de antaño.

Todo es igual. Ya lo ves.

Nada cambia. Está probado.

—¿Lo único que aquí ha cambiado somos nosotros, Andrés!

Vital Aza.

ESCRITORES FESTIVOS



Carlos Frontaura.

¡GUERRA Á LA V!

—Adiós, Julio.

—Adiós, *Sepero*.

—¿A dónde?...

—A las *Calatrapas*.

—¿Con qué objeto?

—A *per mi nopia*.

—¡Yal! ¿Tienes novia? ¡Caramba!

—¡Si la *pieras*!... Es *dipina*, como la *niepe* de blanca, con ojos negros, *pie brepe*, y tal *pipeza* y tal *gracia* que hace á los hombres *esclapos*, *marapilla* y *arrebata*.

—¡Hola!

—Además, con *Pictoria* llepo también la *pentaja* de que me adora de *peras*; no es de esas *jóvenes* falsas que fingen amor *pehemente* y usan *piles* artimañas.

Parias peçes me ha jurado que sufre mortales ansias cuando no me *pe*.

—¿Y arroja la comida?

—No, ¡caramba!

Ansias de amor.

—Entendido.

—Y, en *perdad*, no es cosa rara que la pobre se *despiza* por mí, porque con mi labia dulce, *suape* y alegre, ¡he *puelto* locas á tantas!...

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

—Conque... me *marcho*.

Adiós, *Sepero*, me aguardan.

—¡Clarol! Sí, no te detengas, y *pete* á pelar la *papa*.

—Lo creo.

pe. No era muy difícil, pues el príncipe, antes de casarse, había sostenido relaciones con diferentes mujeres.

Para mostrar á la princesa unos cuantos pliegucillos de una aventura fútil y sin fecha, la baronesa de Ancelin tuvo el valor de volver á aquel hotel, que era como la tumba del muerto, una tumba muda, florida, donde lloraba día y noche una estatua viva.

Lo que experimentó la princesa al reconocer las cartas, no fué dolor, fué un aniquilamiento de todo su ser. ¡Pobre princesita! Los años de dicha, el tiempo sagrado de la viudez, todo rodó, desapareció en un mismo abismo de desprecio y de cólera. No quedó en ella más que un deseo de vengarse. El retrato fué desterrado de su habitación. Mandó quitar el cubierto que para el difunto ausente se ponía en la mesa como si viviera. Y aquel lugar, guardado y vacío que le impedía estar sola, llegó á ser un motivo de odio. En fin, en la antesala, desde ahora abierta á todos los visitantes, ya no se vió ni el bastón ni el sombrero, que habían permanecido allí largo tiempo. Hubo fiestas en el hotel de Sora, bailes y comidas.

De la misma manera que cambia de color un cielo que se libra al fin de una noche sobrado larga, igualmente la princesa, vistiéndose de gris, de lila, de rosa, de azul, había vuelto á su primitivo esplendor.

Finalmente, una tarde, mientras se paseaba por la estufa de su jardín, dijo al sobrino de la baronesa, que la seguía como una sombra triste desde que ella había tornado á la luz:

—Ahora seré su esposa cuando usted quiera.

Hubiera deseado la princesa que aquel enlace se hubiese verificado al instante, allí mismo, en la estufa.

Pero muy poco tiempo después ya estaban casados y eran dichosos: ella con cierta especie de rabia; él turbado, admirado de aquella pasión súbita, y gozando de su dicha sin tratar de analizarla demasiado.

Entre las gentes de mundo se habló mucho de esta boda. La baronesa, habituada á las bellas palabras de sus romanzas, tuvo una frase á este propósito:

—¿Han visto ustedes la princesa?... Creíamos todos que lloraba, y era que arrullaba. Su viudez era una viudez de tórtola.

Transcurrieron seis meses. Los nuevos esposos estaban en el campo, en un castillo de los alrededores de París. Entonces fué á visitarlos la baronesa.

Viéndolos pasear tan tranquilamente su felicidad sobre los tupidos céspedes y entre las enredaderas silenciosas, aquella baronesa, siempre frívola y ligera, y que no veía más allá de de sus narices, les dijo de repente:

—Veo que sois felices, y me alegro de ello, pues á mí me debéis esa felicidad... ¡Vaya! No me arrepiento de mi mentira.

La princesa hizo un movimiento brusco.

—¿Cómo?... ¿qué?... ¿mentira?

—Hablaré claro, querida. Ya puedo deciroslo sin rodeos. Aquel pobre príncipe no era tan infame como yo he querido que aparezca. Las famosas cartas fueron escritas hace muchos años. Aún no estaban ustedes casados.

—¿Ha hecho usted eso?—dijo la princesa.

Y miró á la tía y al sobrino con ojos extrañados.

El príncipe muerto, olvidado, cuyo nombre ya no llevaba la princesa, acababa de ocupar de nuevo en aquel corazón el puesto que había ocupado siempre. Bien lo conoció el nuevo marido en el gesto con que se alejó de él. Sin explicación alguna, todo concluyó entre ellos. La princesa volvió á encerrarse en su casa, y con una agonía que duró ocho días, se entregó á todos los remordimientos que la atormentaban. La desgraciada mujer se había casado sin amor, por venganza, y no habiendo existido la falta del príncipe, se juzgó criminal ante él, avergonzada de sí misma.

—¿Cuánta piedad sentía ahora hacia aquel recuerdo, desterrado tan brutalmente, y que volvía con la misma violencia! El nuevo marido se mantenía apartado, sabiendo que ya no era nada para aquella mujer, pues la antigua pasión, siempre viva, y ahora más que nunca, había matado su amor loco por la princesa.

Esta le habló friamente, como se habla á un extraño, y le otorgó su perdón, persuadida de que él no había sido cómplice de la mentira de la baronesa.

Un día, hallándose la baronesa de Ancelin llorando al lado de la princesa, dominada de un remordimiento sin comprender completamente su falta, la princesa se inclinó hacia ella, hacia aquella alma ligera que había venido á mariposear sobre su camino, tan severo y tan

GRAN FOTOGRAFÍA SANCHO 9, BELEN, 9

CASA ESPECIAL en ampliaciones, interiores y grupos hechos de noche, y toda clase de trabajos en el arte fotográfico por los procedimientos más modernos.— SE GARANTIZA LA PERFECCION Y PARECIDO EN EL TRABAJO.

Gran Sastrería de militar y paisano de JOAQUÍN AREAL (ANTIGUO CORTADOR DE BENEGAS)

Comercio, 64, Toledo.
GRAN SURTIDO EN GÉNEROS PARA LA PRESENTE ESTACIÓN

BARATOS.
GÉNEROS
ULTRAMARINOS
por cesación de comercio y derribo de la casa.
8, CALLE NUEVA, 8
VIUDA DE PASCUAL ORTIZ

CALENTURAS
CUARTANAS, TERCIANAS Y COTIDIANAS
SE CURAN INFALIBLEMENTE CON EL USO DE LAS
PILDORAS ANTITÍPICAS DE CABEZUDO
DESPACHO:
FARMACIA CABEZUDO
COMERCIO-39-TOLEDO
Caja, SEIS PESETAS. Caja, SEIS PESETAS.

BANCO VITALICIO DE ESPAÑA
LA PREVISIÓN Y BANCO VITALICIO DE CATALUÑA
COMPAÑIAS DE SEGUROS SOBRE LA VIDA
REUNIDAS
GARANTÍAS
Capital social. 15.000.000'00
Reservas en 31 Diciembre de 1896. Ptas. 9.233.938'05
Capitales asegurados desde la fundación de las Compañías hasta 30 Junio de 1897. 195.906.987'44
Pagado por siniestros, pólizas vencidas y otros conceptos hasta igual fecha. 12.691.707'02
Esta SOCIEDAD se dedica a constituir capitales para la formación de dotes, redención de quintas y demás combinaciones análogas, rentas vitalicias inmediatas ó diferidas, seguro de capitales pagaderos a la muerte del asegurado y depósitos devengando interés.
Representaciones en toda España.
Domicilio social: Ancha, 64, Barcelona.—Delegado, D. José de Castro y Romero.—Inspector de Ciudad Real y Toledo, D. Manuel González Silva.

COMPañY, FOTÓGRAFO

trabaja todos los días en su Galería Fotográfica, 7, CUESTA DE ÁGUILA, 7, Toledo.

IMPRENTA, LIBRERÍA
Y ENCUADERNACIÓN
DE
MENOR HERMANOS
Comercio, 57, y Sillería, 15
En los talleres de la misma, montados a la altura de los principales de España y con arreglo a los últimos adelantos, se hacen toda clase de trabajos tipográficos a precios sumamente baratísimos.—Encuadernaciones de lujo y económicas.

Gran Hotel Imperial y Restaurant
DE
GUILLERMO LOPEZ
7—Cuesta del Alcázar—7
TOLEDO

Reformado recientemente, conforme a los últimos adelantos, el amplio local de dicho establecimiento, el dueño del mismo ofrece a sus favorecedores un salón-comedor, primero en esta localidad que, por su tan esmerado y selecto, como económico servicio, compite con los mejores de su clase.

ESMERADO SERVICIO A LA CARTA
Almuerzos, a 3'50 ptas.—Comidas, a 4 íd.
Se sirven banquetes, bodas y bautizos a precios convencionales.

ABONOS AL COMEDOR
Almuerzo y comida, CUATRO PESETAS.
Huéspedes estables, 5 pesetas.

CAMAS, MUEBLES
SILLERIAS, RELOJES
COLCHONES DE MUELLES
ALFOMBRAS Y ESTERAS
A PLAZOS Y AL CONTADO
MARIANO ORTIZ
COMERCIO, 10

¡OJO!
Más vale prevenir, que remediar.
(HIPÓCRATES.)
Duros a 75 cént.
DROGUERÍA DE RIVAS
COMERCIO, 23.—TOLEDO

COLEGIO
DE
NUESTRA SEÑORA DEL CONSUELO
INCORPORADO AL INSTITUTO PROVINCIAL
DIRECTOR:
D. ZACARIAS DE S. VICENTE Y ARCE
MENORES, 14, TOLEDO

Este acreditado Colegio tiene establecidas CLASES ESPECIALES DE REPASO para los alumnos oficiales y libres.—PREPARACIÓN ESPECIAL PARA EL GRADO DE BACHILLER.—Profesorado titulado para formar parte de los tribunales de examen.—Admite toda clase de alumnos, tanto pertenecientes a la primera, como a la segunda enseñanza.

CHOCOLATES Y CAFES
DE LA
COMPañIA COLONIAL
TAPIOCA, TES
37 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL:
CALLE MAYOR, 18 Y 20.—MADRID

NO LLOREIS, MADRES
DENTICINA VERDAD DE GARCÍA Y CABEZÓN
NO SE MUEREN LOS NIÑOS QUE LA USAN
CINCO REALES CAJA

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO de los mismos, que curan toda clase de *diarreas, vómitos, dolores de vientre y estómago, malas digestiones, etc.* y cuantas enfermedades tengan relación con el aparato digestivo.—Depósito en Toledo: Farmacia de D. MARIANO MUÑOZ, plaza de las Tendillas, 9.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS



Domicilio social: Madrid, calle de Olózaga, núm. 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTÍAS
Capital social efectivo. Pesetas 12.000.000
Primas y reservas. » 44.028.645
TOTAL. » 56.028.645

(33 AÑOS DE EXISTENCIA)

SEGUROS CONTRA INCENDIOS. SEGUROS SOBRE LA VIDA
Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio. El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864 de su fundación, la suma de pesetas 64.650.087,42.

Representantes en esta provincia: Sres. Viuda de F. Amusco é hijo, plaza de San Agustín, núm. 4; y Agentes D. Julián Morales Díaz, Correo, 4; y D. Florencio Cañuñas Lería, plaza de Santa Eulalia, 3.

EDUARDO ALVAREZ
25—COMERCIO—25

Relojes ROSKOPF LEGITIMOS garantizados y toda clase de imitaciones. Variado surtido en relojes de acero para señora y caballero.—Reguladores últimos modelos de 3/4 y 4/4 con las privilegiadas campanas Gong.

TALLER DE COMPOSTURAS GARANTIZADAS
CASA FUNDADA EN 1820

ESQUELAS MORTUORIAS

Se admiten en la Administración hasta las doce de la noche.

DISPONIBLE

TEATRO DE ROJAS

FUNCIÓN PARA HOY SÁBADO
8 DE ENERO DE 1898

Primero:

EL ANGEL CAIDO

Segundo:

ESTRENO

LOS ADELANTOS DEL SIGLO

Tercero:

LOS RANCHEROS

A las ocho y media en punto.

IMPRENTA DE MENOR HERMANOS
Sillería, 15.